

El desafío de las plataformas sociales a la democracia Española



G. Carbonell

Propuesta de investigación

Culturas políticas, ciudadanía y democracia: procesos de transformación

Máster en Comunicación, cultura, sociedad y política

UNED, 2021

The Turing test cuts both ways. You can't tell if a machine has gotten smarter or if you've just lowered your own standards of intelligence to such a degree that the machine seems smart. If you can have a conversation with a simulated person presented by an AI program, can you tell how far you've let your sense of personhood degrade in order to make the illusion work for you?

— Jaron Lanier

Índice

Introducción	2
Una democracia blanda	2
Ciberleviatán	3
Sospechas fundadas	4
Marco teórico	9
Sociedad y cultura (2.)	9
Tipología de la acción política (3.)	10
Conductismo y cibernética (1.)	12
Objetivos e hipótesis	16
Metodología	19
Muestreo	19
Variables	19
Interpretación	20
Redundancia	21
Bibliografía	22

Introducción

Una democracia blanda

Pretendemos entender en qué medida la adopción acrítica de nuevas tecnologías supone una amenaza para la estabilidad de la democracia liberal española. En un contexto cultural en el que “las relaciones de los ciudadanos con el sistema político [...] están dominadas por un síndrome de desafección [...] en el que se conjugan el cinismo, la desconfianza[,] la ausencia de competencia política ciudadana y [...] una escasa receptividad del sistema político a las demandas de los ciudadanos”¹, la aparición de un *cisne negro* a escala global como son las llamadas “redes sociales” es susceptible de generar un territorio de participación alternativa cuyos efectos, debido a la complejidad de las interacciones, son impredecibles para la mera intuición.

En primera instancia, los indicios apuntan a que la implantación de nuevas tecnologías podría contradecir cualquier pronóstico de progreso social. Por sí misma, “la vida democrática en España [ya] está marcada por la pasividad y la ausencia de los hábitos participativos”². Si ya dábamos por hecho que la comprensión de la vida política española ha seguido una tendencia descendente desde la transición³, antes del desarrollo de internet, a ello hay que sumarle la cuestión relativa a las nuevas tecnologías; en lo que respecta a su potencial para fortalecer o debilitar los Estados-nación a través de la reconfiguración de los usos sociales que devienen de la revolución técnica. Si el ecosistema de los medios sociales de internet sirviese a la sociedad como vaso comunicante, capaz de traducir la frustración en simple catarsis simbólica, resulta probable que estemos ignorando una connivencia entre el desinterés creciente de la ciudadanía por hacer valer su poder electoral y los efectos de una sociedad que se desfoga en vez de tomar acción política. En otras palabras, es plausible que los efectos de los *new media* en España estén desincentivando la participación política en lugar de potenciarla, acelerando un proceso de crisis del sistema de representación.

Con lo dicho, tampoco podemos negar que los efectos positivos del desarrollo de internet son patentes pasadas tres décadas desde su nacimiento: la información pública es más accesible que nunca, muchas fronteras físicas han pasado a ser informativas, y el comercio y las relaciones se han deslocalizado y son instantáneos. Desde la visión optimista de

¹ Benedicto, 2015, p. 7.

² Benedicto, 2004, p. 301.

³ Gracia Ortiz y García Escribano, 2016, pp. 674.

Jenkins y su *cultura de la convergencia*, vivimos en un estado en el que “cada uno de nosotros construye su propia mitología personal a partir de fragmentos de información extraídos del flujo mediático y transformados en recursos mediante los cuales conferimos sentido a nuestra vida cotidiana”⁴. Pero aunque la inmediatez y la automatización son valores en alza, y el acceso a la información nos hace susceptibles de estar mejor informados, no hay que olvidar, en la línea que argumentó Baudrillard, que la velocidad de presentación de la información actual cancela el espacio para la reflexión; ni que, como apuntó Sartori, el potencial emocional de la imagen no evoca en una sociedad televisiva el pensamiento conceptual y crítico que evoca el texto en una sociedad textual⁵. Resulta falaz confundir progreso tecnológico con evolución cognitiva, discursiva, democrática. La aceleración del flujo de información es, en primera instancia, una mera aceleración del flujo de información, sin vocación por dirigir la sociedad hacia un estado utópico. Un rampante positivismo tecnocrático nos aleja del juicio crítico, y lega el destino de la sociedad al albur del estamento tecnológico. Como apuntó Eric Hughes en su *Manifiesto Cypherpunk*, un alegato contra la corporativización de internet, “no podemos [dar por hecho] que gobiernos, corporaciones, u otras enormes organizaciones sin rostro nos garanticen privacidad más allá de la beneficencia”⁶. Si la sociedad quiere usar la tecnología debe entender la tecnología, no esperar que las élites dominantes impongan ciertos modos de uso a su conveniencia.

Ciberleviatán

Frente al utopismo de los correligionarios de la moral de Silicon Valley, hay quienes apuntan que los medios actuales han construido un Ciberleviatán⁷: un epifenómeno informativo, tecnológico, que opera con su propia agenda y al margen de las instituciones pretéritas que intentan regularlo. Más allá de su manifestación productiva, la presencia de tal realidad tecnológica desdibuja los paradigmas anteriores y nos obliga a replantear la relación entre humanos y tecnología:

Avanzamos hacia una concentración de poder inédita en la historia. Una acumulación de energía decisoria que no necesita la violencia y la fuerza para imponerse, ni tampoco un relato de legitimidad para justificar su uso. Estamos ante un monopolio indiscutible

⁴ Jenkins, 2008, p. 14.

⁵ Sartori, 2017, pp. 53-56.

⁶ Hughes, 1993.

⁷ Lassalle, 2019.

de poder basado en una estructura de sistemas algorítmicos que insta una administración matematizada del mundo.⁸

En esta tesitura, en la que aceptamos que parte del control se ha cedido a estructuras informáticas y en la que por tanto asumimos que “la interiorización de la técnica [es] una parte sustancial de la idea de [ser humano]”⁹, *cabe preguntarse, más allá de si la ciudadanía puede participar en política, qué espacio político tiene para la participación*; pues el espacio no viene definido por arbitrarias ventanas de oportunidad política, sino que los medios sobre los que discutimos se han convertido en el espacio mismo de interacciones políticas¹⁰ constantes. A esto hay que sumarle que el propio diseño de estas soluciones es susceptible de limitar la acción de los usuarios¹¹; y teniendo en cuenta la disparidad entre la cantidad de gente que desarrolla estas soluciones y la cantidad de gente que las usa, queda patente que en estos últimos años una reducida élite tecnófila ha adquirido notable poder para condicionar a la inmensa mayoría social. Esta asimetría empieza a ser objeto de dudas por parte de los estados, aunque también existen diferencias entre la importancia que los distintos gobiernos conceden a esta *issue*. Mientras en el contexto anglosajón se debate hasta qué punto las políticas de WhatsApp vulneran la intimidad de los usuarios y permiten a terceras partes traficar con información de civiles¹², encontramos que en España la adopción de esta aplicación de mensajería supera el 93% del mercado de usuarios móviles¹³, sin que dicho cuestionamiento alcance la esfera *mass media*.

En este sentido, merece especial atención trazar una diferencia entre la adopción tecnológica y su potencial para garantizar la correcta información del electorado. Aunque pudiéramos asumir que el aumento de medios disponibles puede traer consigo un aumento de la participación y la pluralidad, “una mejora que sea sólo cuantitativa no es por sí misma una mejora; es sólo una extensión”¹⁴; además, también podría suceder que estos mismos medios, pese a aumentar la participación, redujesen el potencial de cambio de las iniciativas políticas; o que pese a existir más medios su propiedad se concentre en un menor número de tenedores, reduciendo así el número de *stakeholders* de la información. Si asumimos que el poder de un actor en red viene dado por su capacidad para reconfigurar la red¹⁵ el poder está

⁸ Lassalle, 2019, p. 20.

⁹ Lassalle, 2019, p. 18.

¹⁰ Mazzoleni, 2018, pp. 28-30.

¹¹ Lanier, 2011, pp. 7-14.

¹² Singh, 2021.

¹³ EFE, 2019.

¹⁴ Sartori, 2017, p. 45.

¹⁵ Castells, 2011.

del lado de los propietarios de los medios, y resulta falaz asumir que el poder del usuario en red emana de su simple participación, de que cuantas más fuentes reciba y más interactúe mejor informado estará; pues esto no es más que un refrendo del valor de la red, no un poder para cambiar nada fuera de ella.

A esta diferenciación se refirió Van Dijk (2013) cuando apuntó que las nuevas plataformas tienen un manifiesto interés en confundir la *conectividad* en términos técnicos con la *conexión* en términos humanos¹⁶. Las distintas plataformas en las que se construye la esfera pública actual, empresas como Facebook o Twitter, hacen valer su poder comercial, lo que no es garante de que el poder comercial vaya ligado al poder democrático de sus usuarios. Las empresas y las personas tienen distintos objetivos y estrategias de acción, y por lo tanto cada una de las partes rentabiliza sus acciones en red de distinta forma. Confundir los intereses de plataformas digitales y ciudadanía es sinónimo de confundir el interés por hacer negocio con los metadatos¹⁷ con el interés por hacer valer los derechos civiles.

El negocio [de las llamadas “redes sociales”] no es venderles productos a los usuarios, sino vender los usuarios como productos a una industria hambrienta de atención [y] para que el negocio funcione, hay que mantener a los usuarios entretenidos mirando la página el mayor tiempo posible.¹⁸

Sospechas fundadas

Ante las sospechas citadas, conviene reseñar ciertos aspectos sociales que ya son problemáticos, cuya base empírica avala una visión peyorativa de los *new media*, y que nos acercan a la necesidad de ponderar sus efectos culturales. Como también apunta Peirano,

La plataforma decide qué noticias son importantes (como el *New York Times*, “las que es apropiado imprimir”) y no las muestra en orden cronológico, como si fuera un blog, sino que las edita para contarte una historia. Es un periódico personalizado y constantemente actualizado que además incluye contenido que tú no has escogido mezclado con lo demás.¹⁹

¹⁶ Van Dijk, José, 2013, p. 20.

¹⁷ Peirano, 2018, pp. 87 y 212.

¹⁸ Peirano, 2018, p. 212.

¹⁹ Peirano, 2018, p. 213.

Este proceso de “manipulación algorítmica de la conducta”²⁰ obliga a una máquina a actuar como *gatekeeper* de la información que recibe el usuario. Por lo tanto, la acción objetiva de “seguir” un perfil informativo en una plataforma social no revierte en un proceso objetivo de selección de información por parte del usuario, sino que alimenta un criterio opaco²¹ cuyo cometido es construir una oferta informativa para el usuario²² que lo haga susceptible de consumir los productos de los anunciantes. “Hemos consagrado la creencia de que la única forma de financiar una conexión entre dos personas es a través de una tercera persona que paga para manipularlas”²³, y con ello se ha trasladado el criterio de selección de información de un medio tradicional a una plataforma digital, en un proceso que no recoge las decisiones de la persona como preferencias cívicas sino como filias o fobias comerciales.

Y este proceso, que permea los modelos de negocio de Facebook, Twitter, Instagram, etc., tiende por su propia naturaleza a incentivar las emociones negativas (miedo, furia, distracción, soledad, competitividad, envidia²⁴) y a convertir cualquier intento de participación en un activo comercial (*data as labor*²⁵); por lo que su pretendida vocación de veracidad queda en entredicho. En resumidas cuentas: el proceso de participación cívica a través de plataformas en red parece viciado por los intereses comerciales de los propietarios de dichas plataformas.

Por lo tanto, en su manifestación política, las plataformas sociales deben ser cuestionadas como garantes de una acción política acorde a los intereses de sus usuarios y libres de injerencias interesadas. Más allá del beneficio comercial que han otorgado a sus tenedores, las llamadas “redes sociales” también parecen haber tenido un calado diferenciador en la génesis de movimientos como la Primavera Árabe y Podemos, aun cuando el potencial de cambio político de estas iniciativas sigue siendo discutible, habida cuenta de la mutación de Podemos a través de una década²⁶ y de cómo la Primavera Árabe sembró un terreno fértil para el alzamiento de ISIS²⁷; como también parece cuestionable su potencial para cambiar el *status quo* desde su *status quo*. “No hay mucha evidencia de grandes éxitos, sociales o electorales, basados en una postulada acción colectiva digital; y los éxitos suelen ocurrir en contextos precisos”²⁸.

²⁰ Lanier, 2018, p. 5.

²¹ Peirano, 2018, pp. 45-46.

²² Lanier, 2018, p. 75.

²³ Lanier, 2018, p. 98.

²⁴ Peirano, 2018, p. 54.

²⁵ Lanier, 2018, p. 103.

²⁶ Gil, 2020.

²⁷ Al Jazeera, 2020.

²⁸ Villanueva Mansilla, 2015, p. 60.

En el mejor de los casos, los *new media* constituidos como “redes sociales” permiten construir modelos virtuales, ideales, declarativos de la sociedad pretendida. Lo que las plataformas sociales

siempre hacen es crear ilusiones: que se puede mejorar la sociedad solo con deseos; que la gente más cuerda se verá favorecida en las competiciones de corte; y que de alguna manera el bienestar material se hará cargo de sí mismo.²⁹

Actualmente, plataformas como Change.org, AVAAZ.org, IndieGogo, Verkami, MeetUp, etc. ofrecen multitud de formas de significarse frente a un *issue* político: desde firmar con el nombre y el correo hasta proveer de fondos a un movimiento, o personarse más allá de la interacción mediada por las pantallas. La duda legítima radica en si estas acciones puntuales dentro del medio revierten en un cambio factual fuera de este o si, por el contrario, sirven como simple alivio simbólico de las diferencias políticas. Los indicios nos llevan a pensar que el riesgo de que la participación se haya ido reduciendo en favor de las intenciones simbólicas es plausible. Ya en 2005, antes del surgimiento de los actuales “Gigantes de Internet”, un 38,8% de los encuestados declaraba que nunca asistiría a un mitin político y el 62’2% decía que no debatiría en internet, mientras firmar una carta o asistir a una manifestación eran actividades ya practicadas por en torno al 20% de la muestra³⁰; datos tan dispares invitan a dilucidar la nueva configuración de la participación tres lustros más tarde y frente a un paradigma distinto.

En el peor de los casos, las “redes sociales” no parecen diluir la acción política, sino multiplicar su virulencia. El Estado Ruso la usó para polarizar a la opinión estadounidense en los prolegómenos de sus elecciones³¹, “los inmigrantes sufren más ataques violentos en las ciudades donde hay más usuarios de Facebook”³², y sucesos como la implantación de una internet limitada por Facebook en Myanmar parecen relacionados con su reciente conflicto de limpieza étnica³³. Y esto en lo relativo a algunos efectos socioculturales; que no deberían desatender otros, como el posible aumento del suicidio entre adolescentes³⁴. En su crónica, Peirano resume con certeza cómo una simple idea, mal difundida y peor interpretada a través de plataformas sociales que no rinden cuentas por sus procesos algorítmicos de selección de la

²⁹ Lanier, 2018, p. 111.

³⁰ Colectivo IOÉ, 2007. p. 151.

³¹ Peirano, 2018, p. 257.

³² Peirano, 2018, p. 262.

³³ Peirano, 2018, pp. 257-263.

³⁴ Orłowski, 2020.

información, puede desmontar cualquier presunción de información objetiva y útil, convirtiendo un rumor en una desgracia:

Un oficial de la UNESCO confesó en el *MyanmarTimes* que los países que habían entrado en internet con una alfabetización mediática muy pobre y sin un programa preciso de adaptación, eran particularmente susceptibles a las campañas de desinformación y odio. En el este de India, un falso rumor en WhatsApp sobre unos hombres extranjeros que secuestraban niños para vender sus órganos se saldó con al menos siete linchamientos. El mismo rumor llegó hasta México, donde un muchacho y su tío que habían ido a comprar material de construcción para terminar un pozo de cemento fueron golpeados y quemados vivos por una turba enfurecida en la localidad de Acatlán. Su agonía fue grabada en vídeo por la multitud. La escena se repitió la misma semana en otras localidades mexicanas; en Oaxaca lincharon a siete hombres, en Tula golpearon y quemaron a dos. El mismo fenómeno se repitió en Bogotá y en Ecuador.³⁵

Por los motivos expuestos, nos es patente que no podemos permitirnos una adopción acrítica de las nuevas tecnologías. Parece ser que la tecnología está relacionada con el descenso de la participación política y con el aumento de la polarización; en resumidas cuentas, con una serie de factores que deforman los fundamentos culturales de las democracias liberales. Y consecuentemente, por la parte que respecta a considerar la robustez de la democracia liberal, resulta necesario dilucidar de qué forma y en qué medida los usuarios de plataformas sociales traducen su voluntad política en una acción colectiva; o si, por el contrario, la mediatización de las relaciones sociales ha traído consigo una merma de la participación democrática efectiva. “Ni siquiera se trata de los programas, por muy sobre-alabados que sean, sino de las relaciones de poder que surgen porque la gente acepta e implícitamente respeta los programas”³⁶.

³⁵ Peirano, 2018, p. 263.

³⁶ Lanier, 2018, p. 84.

Marco teórico

Cuando nos preguntamos *en qué medida la adopción acrítica de nuevas tecnologías supone una amenaza para la estabilidad de la democracia liberal española*, cuestionamos en términos generales cómo la tecnología determina la sociedad; y, en concreto, cómo la técnica determina el poder de los sujetos para hacer valer su acción política frente al resto de agentes del ecosistema mediático. Por lo tanto, la concreción del presente problema nos obliga a construir un modelo teórico que permita 1. medir cómo la tecnología 2. determina el potencial de acción de la sociedad 3. en función de la acción política que exhiben los electores individuales. El primer requerimiento alude a la variable independiente que suponen los nuevos medios. El segundo, al objeto de estudio y a sus variables dependientes, afectadas por el ecosistema mediático. Y el tercero, concreta el foco en la relación de dependencia entre las acciones políticas singulares y la consecución (o no) de los objetivos cívicos compartidos. Empíricamente, *se pretende medir los efectos en función de las acciones a través de los medios*.

Traducidos a su fundamentación teórica, necesitamos conocer el estado de la cuestión y concretar el marco de análisis en relación a tres temas: de qué forma la sociedad y la cultura se determinan (2.), qué relación existe entre la acción individual y la acción colectiva en las plataformas digitales (3.), y de qué manera podemos entender los objetos tecnológico y social bajo un mismo paradigma, una matriz interpretativa que mantenga un “cierre categorial” entre objetos de estudio (1.)

Sociedad y cultura (2.)

Cuando Almond y Verba presentaron el concepto de *cultura política* en los años 60, definido como “la particular distribución de las pautas de orientación hacia objetos políticos entre los miembros de una nación”, cometieron dos errores fundamentales: asumir que la cultura es un estamento monolítico que determina una relación de necesidad causal entre valores y actos, y no inferir que una misma sociedad puede presentar divergencias político-culturales entre sus miembros, que ni necesariamente se excluyen ni necesariamente se enfrentan de forma maniquea.³⁷

Mejor entendida como “el conjunto de significados compartidos de la vida política [... y] el conjunto de recursos empleados para pensar sobre el mundo político”, el concepto de *cultura*

³⁷ Compuesto de Morán, 1996/1997.

política es susceptible de ser considerado desde el utilitarismo; esto es, concebir las normas, valores, símbolos, rituales, etc., que conforman el universo de significación y la razón de acción de las personas, como un conjunto útil de fundamentos que, sumados a las condiciones exógenas, sirven a los sujetos para interpretar su realidad y adaptarse al medio³⁸.

Las teorías dominantes de los movimientos sociales, como la teoría de la movilización de recursos o de las estructuras de oportunidades políticas, consideran las movilizaciones sociales desde un prisma utilitarista, como empresas colectivas de defensa de intereses que buscan movilizar recursos (McCarthy y Zald, 1977) y elegir las estrategias más eficaces para conseguir que sus intereses y objetivos se introduzcan, mantengan y extiendan en la agenda política (Tarrow, 1994).³⁹

En el sentido de Parsons y su “teoría voluntarista de la acción”, nos conviene entender, en la línea de Swindler, la cultura y su dimensión política como una “caja de herramientas”⁴⁰ móvil, que fluctúa conforme nuevas circunstancias e ideas entran en lid, que evoluciona y se recicla hasta el punto de que, históricamente, aquellos que han defendido el inmovilismo han sido tachados de “conservadores” (pues museificar una cultura no parece atender a su naturaleza fluida).

En relación a nuestro tema de estudio, será entonces reseñable tomar los resultados como un momento puntual del estado de la cuestión. Del mismo modo, la relación entre humanos y tecnología no debería ser tomada tampoco como un conjunto de leyes inmóviles, sino como una suma de protocolos, significados e instituciones que construyen una relación de homeostasis constante entre las partes; una relación en laxos términos de Hegel, donde lo único inmutable es un perpetuo sentido de síntesis entre tesis y antítesis.

Tipología de la acción política (3.)

Partamos por establecer que la Internet permite una transformación fundamental de la acción de los ciudadanos (Della Porta, 2011; Franklin, 2014), gracias a la existencia de mecanismos de asociación distintos, más diversos y menos concentrados en manos de los actores políticos tradicionales (Jensen, Danziger y Venkatesh, 2007).⁴¹

³⁸ Compuesto de Morán, 1996/1997.

³⁹ Players y Álvarez-Benávides, 2017, p. 142.

⁴⁰ Swindler, 1996/1997.

⁴¹ Villanueva Mansilla, 2015, p. 60.

La cuestión no radica en si internet es un material susceptible de ser distribuido y empleado por los actores políticos para producir su acción, en especial por la ciudadanía-electora, sino si este medio es susceptible de provocar el cambio social a través de la acción que vehicula. La mera *conectividad* de la que habla Van Dijk no sirve para justificar una *conexión* humana; conectar por medios técnicos a una masa de activistas potenciales no justifica que estos lleven a término su ánimo movimentario. “La participación debería resultar en acción colectiva, es decir en actuar como un todo en la contienda política de la calle y la opinión pública, hacia un resultado determinado”⁴².

Para resolver esta cuestión, nos acogemos a la clasificación que hicieron Bennett y Segerberg cuando distinguieron *acción conectiva* de *acción colectiva*⁴³. La primera se refiere a la capacidad de las redes de información para poner en contacto información, personas y recursos. La segunda, más concreta, se traduce en la extensión de esos vínculos técnicos a la esfera social: a la creación de instituciones y discursos, a la acción política más allá de la expresión oral, a la participación activa en la vida cívica y el estado de derecho.

Si bien “el punto de inicio de la acción conectiva es la compartición auto-motivada (aunque no necesariamente egocéntrica) de ideas, planes, imágenes y recursos ya internalizados o personalizados en las redes ajenas”⁴⁴, esta mera expresión de voluntad y búsqueda no constituye en modo alguno una movilización, en la medida en que no desafía una estructura y su función es principalmente la formación de la identidad subjetiva. En un segundo orden, “la participación se vuelve auto-motivada conforme el contenido expresado personalmente es compartido con, y reconocido por, otros quienes, en respuesta, repiten estas mismas actividades de compartición”⁴⁵; aunque, en este estadio de comunión opinativa, la relación sigue siendo mediada y ello no es garante de que se exprese más allá de los límites del medio. Por contra, la lógica de la acción conectiva implica que el espacio de movilización de recursos se traslade del medio donde nació al medio donde se demanda.

Si, por ejemplo, una soflama en redes reclamase más derechos para un colectivo determinado, hablaríamos de *acción colectiva* cuando dichas demandas escapasen de internet para calar en asociaciones y despachos jurídicos cuya intención fuese inyectarlas dentro del sistema normativo estatal con el fin de hacerlas efectivas. Si, por el contrario, dichas reclamaciones no pasasen de la intención del sujeto por significarse en red, hablaríamos de

⁴² Villanueva Mansilla, 2015, p. 60.

⁴³ Bennett y Segerberg, 2012.

⁴⁴ Bennett y Segerberg, 2012, p. 753.

⁴⁵ Bennett y Segerberg, 2012, p. 752.

acción conectiva autoorganizada, pero no de movimiento social. Y sí, en otro caso, la suma de expresiones individuales produjese un espacio de debate dentro del medio pero no fuesen capaces de construir redes de acción social ni generar nuevas instituciones, hablaríamos de *acción conectiva organizacional*, pero no de *acción colectiva* en términos puros.⁴⁶

En relación a nuestro tema de estudio, esta gradación en la calidad del movimentarismo desde la intención individual, pasando por la intención grupal hasta la acción colectiva, nos permitirá ponderar el efecto de las distintas estrategias de acción política. En resumen, relacionar las respuestas político-culturales (en el sentido en el que Swindler habla de la “caja de herramientas”) con su epifenómeno sociológico, organizacional.

Conductismo y cibernética (1.)

Cuando aventuramos el análisis de la relación entre elementos, nos vemos en la tesitura de decidir si lo que se pretende es entender su motivación interna (*funcionalismo*) o su expresión externa (*conductismo*). En este caso, la asimetría en la naturaleza intrínseca entre ordenadores y máquinas (tanto en su dimensión objetiva como en su experiencia subjetiva del mundo) complicaría sobremanera relacionar las funciones internas de elementos mecánicos (entre los cuales hay muchos a los que no se nos permite el acceso) y las funciones internas de elementos humanos (cuyo debate se extiende tanto como las ciencias sociales mismas). Por ello, nos limitaremos a circunscribir los objetos de estudio desde la conducta que manifiestan en relación al resto de objetos. “El enfoque conductista consiste en examinar el *output* de un objeto y las relaciones de este *output* con el *input*. Por *output* se entiende cualquier cambio producido en los alrededores por el objeto. Por *input*, al contrario, se entiende cualquier evento externo al objeto que lo modifica de cualquier manera”⁴⁷.

Aunque el propio Jaron Lanier, que cuestiona la actual deriva mediática, considera inadecuado entender la sociedad en términos conductistas⁴⁸, ello no obra en contra de nuestros intereses. Al contrario, de la misma forma que “usar símbolos en lugar de recompensas reales se ha vuelto un truco esencial en la caja de herramientas de modificación de la conducta”⁴⁹, una perspectiva conductista nos pone en la tesitura de practicar ingeniería inversa con cualquier presupuesto alterado por el *establishment* tecnológico. Si, como afirman él y Peirano, el uso de “Cajas de Skinner” de condicionamiento operante ha sido una de las herramientas básicas de

⁴⁶ Bennett y Segerberg, 2012, p. 756.

⁴⁷ Rosenblueth et al., 1943, p. 1.

⁴⁸ Lanier, 2018, p. 19.

⁴⁹ Lanier, 2018, p. 11.

las plataformas sociales para influir en sus usuarios, filtrar las relaciones en función de este criterio nos ayuda a encontrar los mecanismos de dependencia entre variables técnicas y humanas.

Con lo dicho, sumamos ya la consideración de la persona para organizar su acción más allá de unos valores culturales deterministas, el potencial gradual de las personas para organizarse en medios en red, y el abordaje de este fenómeno desde las relaciones, no desde el interior de los objetos. Estas consideraciones perfilan un modelo de interacción entre seres vivos y autómatas. A este “control o comunicación [entre] el animal y la máquina”⁵⁰, expresado en términos conductistas, ya se refirieron Rosenblueth, Wiener y Bigelow en *Behaviour, Purpose and Teleology*⁵¹, donde se adelantaban al nacimiento de la cibernética; una disciplina que inauguraría el mismo Wiener, y cuyo objeto de estudio partirá de este proceso de autorregulación para permear otras disciplinas. Si bien el cierre conceptual de Wiener limita ampliamente la cantidad de interpretaciones sociológicas posibles, animándonos a cerrar el estudio en los “mensajes”, debemos considerar un “mensaje” como cualquier interacción entre nodos (incluyendo la *fundación* de instituciones, la *toma* de espacios, los *discursos* de los actores, los *contratos*, y en resumen cualquier práctica cuyo contenido *simbólico* tenga el potencial de influir en la definición del orden material entre nodos).

Quando doy una orden a una máquina, la situación no difiere esencialmente de la que se produce cuando mando algo a una persona. En otras palabras, en lo que respecta a mi conciencia, percibo la emisión de la orden y los signos de asentimiento que vuelven. Para mí, personalmente, que la señal, en sus etapas intermediarias, haya pasado por una máquina o por una persona carece de importancia y de ninguna manera cambia esencialmente mi relación con la señal. Así la teoría de la regulación en ingeniería, sea humana, animal o mecánica, es un capítulo de la teoría de los mensajes.

Naturalmente, existen diferencias de detalle en los mensajes y en los problemas de regulación, no sólo entre un organismo vivo y una máquina, sino también dentro de cada clase más especializada de seres. Es propósito de la cibernética desarrollar una lengua y unas técnicas que nos permitan, no sólo encarar los problemas más generales de comunicación y regulación, sino además establecer un repertorio adecuado de ideas y métodos para clasificar sus manifestaciones particulares por conceptos.⁵²

⁵⁰ Wiener, 2019.

⁵¹ Rosenblueth et al., 1943.

⁵² Wiener, 1988, pp. 16-17.

Debido al auge de la disciplina en las últimas décadas, resulta imposible resumir aquí su estado de la cuestión, por lo que tomaremos como referencia unas nociones básicas que ayudarán en la definición de nuestra metodología: *retroalimentación* y *homeostato*.

En términos de Wiener *et al*, un objeto en una red de objetos se considera *activo* si emite *output*, tiene *propósito* si tiene criterio sobre qué *objetivos* ha de cumplir su *output*, y es *teleológico* si recibe *inputs* a modo de retroalimentación (*feedback*) que le informen de sus resultados. Los objetos que cumplen esta configuración pueden también ser considerados *predictivos* si extrapolan los resultados para alterar su conducta en función del *feedback*, y hablamos de *cibernética de segundo orden* cuando un objeto trata de predecir el estado futuro de otros, no sólo alterar su propia conducta en función del medio.⁵³

Hablamos de *retroalimentación positiva* cuando esta “se suma a la señal, no la corrige”⁵⁴, y hablamos de *retroalimentación negativa (negative feedback)* cuando “las señales sobre el objetivo son usadas para restringir *outputs* que de otra forma superarían el objetivo”⁵⁵. Al contrario que, por ejemplo, un amplificador, que retroalimenta a propósito la señal para extralimitarse, un misil guiado por infrarrojos utiliza el mismo mecanismo para reducir sus opciones posibles y dar en el blanco. En nuestro tema de estudio, la dicotomía entre *positividad* y *negatividad* en la interpretación de los mensajes de retorno supone una consideración sobre si las acciones de los actores en red multiplican o reducen el ámbito de actuación de ellos u otros actores y variables interconectados (por ejemplos, si el resultado de las estrategias de acción acota las futuras estrategias hacia la construcción de una acción colectiva específica o, por el contrario, provocan un estancamiento que multiplica el estado de acción colectiva hasta su paroxismo).

El último concepto al que nos referiremos es el *homeostato* de Ashby⁵⁶, un modelo teórico que define sistemas autorregulados con criterios de “ultraestabilidad”. Si la concepción inicial de la interacción entre sujeto y sociedad presupone dos actores que se retroalimentan mediante mensajes, el homeostato considera además un tercer elemento: las *variables esenciales*. Estas variables son el *criterio sobre el criterio* de decisión de los actores; consideraciones que se ven modificadas por la interacción, pero que del mismo modo terminan condicionando el criterio mismo de interacción.

Pongamos por ejemplo, para cerrar este epígrafe, el modelo de la democracia liberal. En cualquiera de estos estados existen dos poderes, Ejecutivo y Judicial, que tratan de regular

⁵³ Rosenblueth et al., 1943, p. 3.

⁵⁴ Rosenblueth et al., 1943, p. 3.

⁵⁵ Rosenblueth et al., 1943, p. 2.

⁵⁶ Ashby, 1960, pp. 80-121.

la vida en sociedad. No obstante, la mera regulación presupone reglas inmóviles, pues el criterio carece de un *criterio sobre el criterio*. Es necesario considerar una variable, la “estabilidad social”, en el marco de los resultados de la acción de ambos poderes. Y, en función de esta variable, surge un tercer poder, el Legislativo, que cambia las normas de operación de los otros dos, expandiendo o limitando su ámbito de acción (recordemos la retroalimentación positiva y negativa).

Aplicada a nuestro problema, esta concepción conecta con la “caja de herramientas” de Swindler; con la idea de que los elementos culturales no determinan las estrategias de acción. En ninguno de ambos paradigmas el sujeto es pasivo, sino que conjuga su bagaje y lo que sucede a su alrededor (incluyendo los resultados de sus nuevas acciones) para replantear las estrategias de acción (incluso manteniendo el mismo trasfondo cultural). Si el sujeto siempre aplicase las mismas normas frente a un sistema cambiante hablaríamos de *feedback* sin aprendizaje. De este modo, utilizaremos el concepto de homeostato para resaltar dos aspectos de la relación de nuestras variables: en qué medida las estrategias de acción del sujeto se ven condicionadas por su estado conectivo (tomado como variable esencial de su movilización), y en qué medida el estado conectivo del sujeto cambia conforme actúan las estrategias de acción. Por supuesto, se podrían tomar en cuenta otras variables esenciales, pero lo que aquí nos interesa es medir la relación entre la acción (estrategias) y la movilización (conectividad/colectividad) a través de los medios; si los medios lesan la calidad de dichas interacciones.

Objetivos e hipótesis

Como ya se explicitó, nuestro objetivo es *entender en qué medida la adopción acrítica de nuevas tecnologías supone una amenaza para la estabilidad de la democracia liberal española*.

Con lo dicho, concretaremos esta cuestión en dos preguntas:

- ¿Qué relación existe entre las estrategias de acción política de los sujetos y la calidad de sus conexiones políticas?
- ¿Cómo cambian las estrategias de acción cuando cambia el estado de conexión política de los sujetos?

Dilucidar este proceso en el tiempo nos debería ayudar a comprender en qué estado se encuentra la movilización política en España para la muestra que elijamos. La primera pregunta resolverá la incógnita sobre si el *esfuerzo* de acción política revierte en *trabajo* (en términos de Física), desplazando la intención individual hasta la construcción de una identidad colectiva con voluntad y posibilidad de movilizar recursos más allá de las redes, o por el contrario hay estrategias que estancan a los sujetos. La segunda cuestión, en un ejercicio de retroalimentación, nos obligará a reconsiderar el estado de las estrategias de acción conforme el movimiento se consolida; si mutan para circunscribir la consecución de los objetivos a las nuevas circunstancias (retroalimentación negativa) o se mantienen para potencial el momento de oportunidad hacia el objetivo (retroalimentación positiva). Con lo dicho, distintas configuraciones entre estrategias de acción política y distintos estadios de conectividad deberían arrojar luz sobre las combinaciones ganadoras/perdedoras y en qué punto está España.

En relación a la primera cuestión, presupongo que lo que se descubrirá tiene que ver con una merma de la calidad democrática. Tomando como ejemplo el 15M y pensando en pasado, aventuro en primera instancia que una masa mayoritaria en un estado conectivo individual aprovecharía la singularidad de una explosión de casos de corrupción para saltar a un estado conectivo organizacional (la presencia en plazas, la organización de sistemas simbólicos para el debate sobre qué se va a hacer, la emergencia de distintos grupúsculos, el debate de los hechos en los medios tradicionales, etc.) Y, en segunda instancia, supongo también que descubriríamos que no fue esa misma masa quien consiguió alcanzar un estado de acción colectiva, sino que lo hizo un grupo que compartía ciertas estrategias relacionadas con el espacio de debate pero se diferenciaba en las intenciones; mientras se debatía una

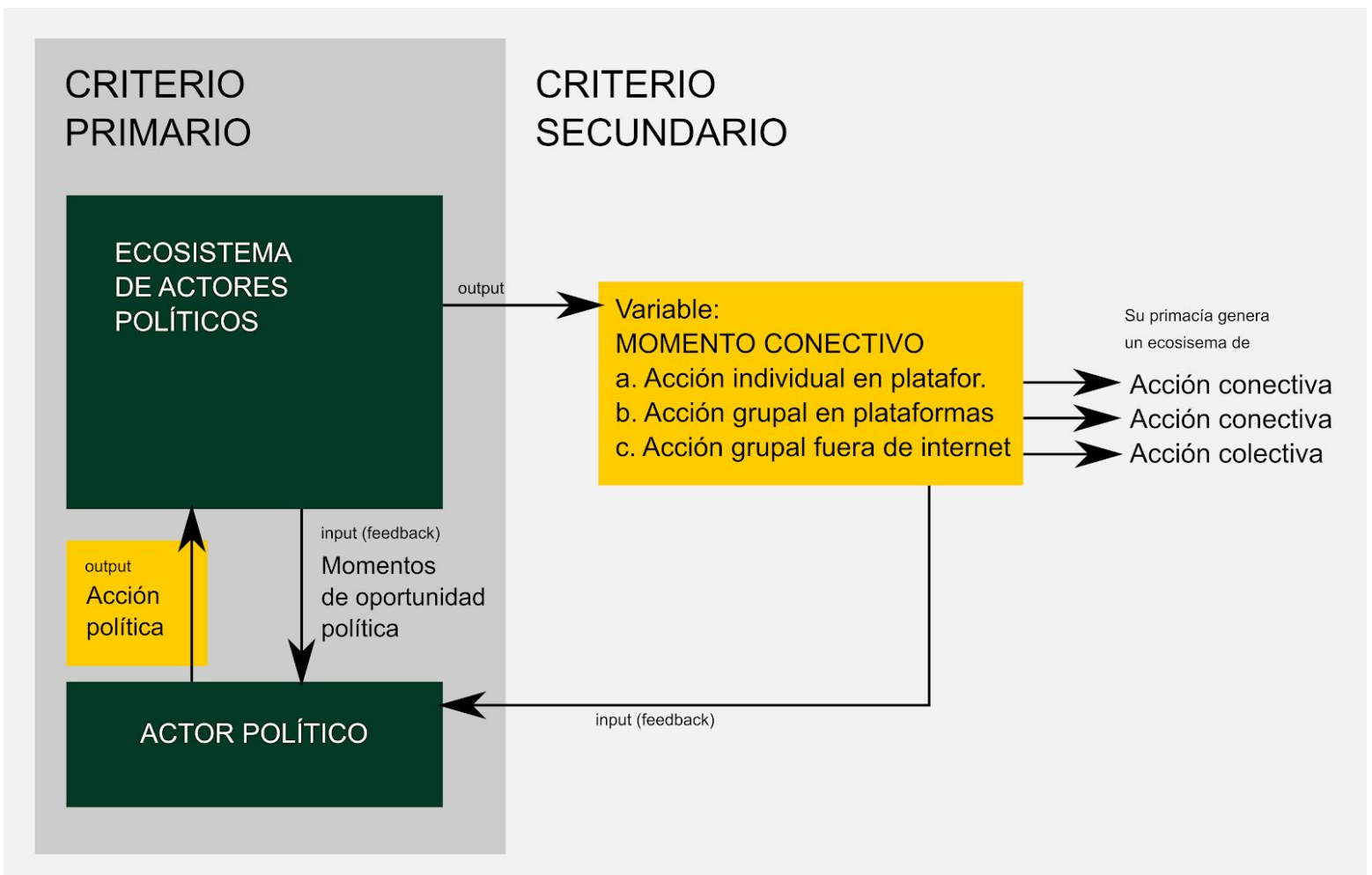
estructura horizontal para combatir “de abajo arriba”, una élite de politólogos capitalizaba la nueva situación para montar un partido vertical (Podemos). En suma, tendríamos dos masas de sujetos políticos con objetivos similares pero estrategias de acción distintas en la fase conectiva organizacional, que se tradujeron en el imaginario colectivo como una apropiación del 15M por parte de Podemos; que como aparato de partido volvió a cambiar sus estrategias (inhabilitación de los “Círculos” y activación de un sistema de voto telemático controlado por la cúpula, práctica de purgas internas, secretismo y *mobbing* en redes, etc.) con tal de mantener al grupo mayoritario como una masa de votantes fieles bajo el credo de que ellos también forman parte de la acción colectiva, pero cuya presencia se justifica por la mera necesidad de refrendo que el partido (estanco) necesita para gobernar.

Y en relación a la segunda cuestión, aventurar el reverso de la primera: en España (y seguramente sea una constante) la manida “lucha de clases” no revierte en una toma y redistribución colectiva de los recursos, sino que será la élite con más ambición y mejores estrategias la que, infiltrada dentro de un grupo al que tratan como iguales, aprovechará a esta misma masa para sustituir a la élite anterior, preservando así la dificultad de ascenso vertical, de participación en forma de democracia directa.

A grandes rasgos, y salvando los pormenores, deberíamos poder dilucidar la situación en, al menos, cuatro escenarios posibles:

- Las estrategias de acción y la acción se mantienen igual. Es una situación de estancamiento, por razones que habría que resolver por medios comparativos, ampliando la muestra y previendo que pueda darse en todos los estadios de la acción o sólo en el momento de la acción conectiva.
- Las estrategias de acción cambian pero la conectividad no. Es el escenario menos halagüeño, sinónimo de que los medios podrían estar diluyendo el potencial de participación cívica.
- Las estrategias de acción se mantienen pero cambia la conectividad. Es el escenario más esperanzador. Significaría que los medios empleados (y hablamos en un contexto de plataformas sociales) multiplican el valor de la acción política, provocando cambios que no requieren demasiado esfuerzo. Claro que es una entelequia, porque la necesidad de cambios en las estrategias sigue siendo patente, como mínimo, entre las dos consideraciones sobre la acción conectiva (para pasar de una organización individual a una grupal se requiere cambiar de la mera expresión al debate).

- Las estrategias de acción y el estado de la conectividad cambian acordes. Deberíamos tomar esta posibilidad como la probable operativa del grupo ganador, pues habría un paralelismo entre la consecución de todos los objetivos conectivos (construir la acción colectiva) y la capacidad explícita de adaptarse al contexto para sobrevivir y reproducir las tesis de forma que el movimiento crezca.



El homeostato de Ashby, aplicado a la relación entre estrategias de acción y momento conectivo.

Metodología

Muestreo

La presente propuesta ha considerado su objeto de estudio en términos de *evolución política*. Con tal de medir la evolución de los supuestos que se han considerado, es menester monitorizar a los sujetos a través del tiempo. Con tal de medir la mayor cantidad de actividad política, conviene acotar los sujetos de estudio a su momento vital donde exhiben un mayor activismo.

Por ello se propone que el presente estudio se realice a una muestra de alumnos universitarios españoles durante su estancia académica; esto es, mientras cursan un grado. La actividad política de esta etapa vital y el compromiso académico obran a nuestro favor. El muestreo de 1. las acciones políticas de 2. múltiples alumnos 3. durante múltiples años debería conseguir datos suficientes para clarificar las cuestiones. Y circunscribir a los alumnos por universidad, facultad y grado proveerá estabilidad a la muestra, garantizando una mínima pérdida (equivalente al abandono de los estudios cursados) durante los cuatro años del estudio. Además, este proceder nos permitirá más adelante segmentar por criterios sociodemográficos; lo que puede ayudarnos tanto a nosotros como a otros estudios que pretendan compararse con este.

Variables

Las variables, en su dimensión cuantificable, serán: *el sumatorio de las acciones políticas de los sujetos* (manifestación extrínseca de sus estrategias de acción), y *el grado de conexión/colectividad entre estos*.

Para medir la primera variable, se debe deducir una forma práctica de monitorizar a los sujetos tras cada acción política que tomen. Esto nos obligará, cuando se concrete la herramienta de medición, a inventariar todas aquellas acciones que consideremos “políticas” a través del eje conectividad-colectividad del que hemos hablado: “Me Gustas” en *Facebook*, acceso a grupos, participación (en forma de publicaciones, comentarios y material audiovisual), creación de herramientas para el activismo, propuestas burocráticas, membresía en organizaciones académicas (como el Sindicato de Estudiantes) y supra académicas (grupos de interés), asistencia a manifestaciones, etc. Como el ámbito de estudio se refiere a de qué forma los *new media* influyen, sería plausible circunscribir el estudio a la monitorización de sus

perfiles en redes sociales. Si así se considera, otra herramienta de medición podría abordar el problema desde sus dispositivos móviles, con una aplicación de seguimiento; aunque este proceder nos permitiría, además, geolocalizar (para estudiar, por ejemplo, si tras declarar que van a una manifestación al final se consume su presencia), cuestiona la privacidad de los usuarios y desatiende otros usos, como los ordenadores de sobremesa.

La mejor forma que se me ocurre de medir la primera variable es conjugar dos sistemas de monitorización: uno telemático que, tras la aceptación voluntaria por parte de los sujetos de la muestra, monitorizará a los sujetos en red; y una auscultación humana, un agente que se dedicará a comprobar si las acciones en red han tenido otra repercusión más allá de la red (haciendo evolucionar el estado conectivo).

Para medir la segunda variable, añadiremos funcionalidad a la herramienta de monitorización telemática. En lugar de limitarse a registrar las interacciones del sujeto, también monitorizará sus vínculos a lo largo del tiempo (“seguidores”, “amigos”, membresías, etc.) para trazar mapas conectivos con una dimensión evolutiva (que nos permitan analizar la conectividad/colectividad en el eje temporal). A tal efecto, sería conveniente contar con la ayuda de un matemático que resolviese la complejidad de la red de acción política a índices, factores o matrices que resuman los datos a efectos de poder analizarlos con simpleza en forma de gráficas.

Del mismo modo, podríamos reciclar a la auscultación humana y añadirle una nueva función: registrar las membresías y los contactos humanos; pues con el criterio expuesto tales acciones revelan tanto las estrategias de acción política como el momento conectivo. Y dichos datos, sumados a la estructura en red de los sujetos, podrían ser tomados en cuenta a la hora de resumir las mediciones numerales.

Si la muestra es suficiente y los modelos (tanto el inventario de acciones políticas como el modelo que resuma la complejidad de la red a funciones lineales) son correctos, este proceder debería permitirnos dividir los sujetos por séquitos y entender su comportamiento.

Interpretación

Habiendo recopilado los datos a través de las variables, se perfila un primer análisis cuantitativo que de paso a separar la muestra general en cohortes en función de las disonancias en los cambios de estrategias en función del momento conectivo. Posteriormente, las conclusiones deberán versar sobre la proporción de las diferencias entre cohortes y etapas conectivas.

Más adelante, una revisión cualitativa, abierta, debería aventurar las posibles relaciones abstractas entre cohortes y las tendencias para cada sujeto que, inmerso en su propia lógica de acción, pueda encontrar distintas motivaciones para estrategias idénticas a las de sus iguales.

En suma, debería poder dilucidarse un estado general de la cuestión, con matices para cada cohorte, en relación a de qué manera la mediatización política a través de las nuevas tecnologías en España afecta a la calidad de participación democrática.

Redundancia

Habiendo considerado *estudiar las acciones políticas de los universitarios españoles durante su estancia académica en relación a su momento conectivo*, cabe considerar la repetición del experimento a lo largo de sucesivas promociones. Pese a que el estudio se proponga conforme a la duración de un grado, no debemos olvidar que seguimos midiendo a los mismos sujetos y que la dilación en el tiempo se debe a la necesidad de medir la evolución, no a una necesaria repetición del experimento (pues este dura cuatro años).

Mediante la repetición, conseguiremos aventurar las desviaciones conforme sucede el relevo generacional.

Bibliografía

- Al Jazeera. (2020, December 17). *What is the Arab Spring, and how did it start?*
Www.Aljazeera.com.
<https://www.aljazeera.com/news/2020/12/17/what-is-the-arab-spring-and-how-did-it-start>
- Ashby, W R. (1956). *An introduction to cybernetics*. Chapman & Hall.
- Ashby, William Ross. (1960). *Design for a brain* (2nd ed.). John Wiley & Sons.
- Benedicto Millán, J. (2004). Cultural structures and political life: The cultural matrix of democracy in Spain1. *European Journal of Political Research*, 43(3), 287–307.
<https://doi.org/10.1111/j.1475-6765.2004.00155.x>
- Benedicto Millán, J. (2015). *Del franquismo a la democracia: 1936-2013* (pp. 175–204). Marcial Pons.
- Bennett, W. L., & Segerberg, A. (2012). THE LOGIC OF CONNECTIVE ACTION. *Information, Communication & Society*, 15(5), 739–768.
<https://doi.org/10.1080/1369118x.2012.670661>
- Castells, M. (2011). A Network Theory of Power. *International Journal of Communication*, 5, 773–787.
- Castells, M., & Francisco Muñoz Bustillo. (2011). *La sociedad red : una visión global*. Alianza.
- Colectivo IOÉ. (2007). La participación política de los españoles: democracia de baja intensidad. *Colectivo IOÉ*, 149–166.
https://www.colectivoioe.org/index.php/publicaciones_articulos/show/id/101
- EFE. (2019, October 31). *La aplicación de mensajería Whatsapp alcanza el 93 % de usuarios en España*. EIDiario.Es.
https://www.eldiario.es/tecnologia/aplicacion-mensajeria-whatsapp-usuarios-espana_1_1283575.html
- Gianpietro Mazzoleni, Pepa Linares, & Félix Ortega. (2010). *La Comunicación política*. Alianza.
- Gil, I. (2020, July 17). *Podemos vincula su fracaso electoral “a las peleas internas” y la debilidad organizativa*. Wwww.Elconfidencial.com.
https://www.elconfidencial.com/espana/2020-07-17/podemos-vincula-su-fracaso-electoral_2686715/
- Gracia Ortiz, M. D., & García Escribano, J. J. (2016). Cultura política española. Un análisis longitudinal. *Integraciones y Desintegraciones Sociales*, 665–683.
https://acmspublicaciones.revistabarataria.es/wp-content/uploads/2017/05/48.Gracia.Valdep.2016.665_683.pdf
- Hughes, E. (1993). *A Cypherpunk’s Manifesto*. Activism.net.
<https://www.activism.net/cypherpunk/manifesto.html>
- Jenkins, H. (2008). *Convergence culture : la cultura de la convergencia de los medios de comunicación*. Paidós.
- Lanier, J. (2011). *You Are Not A Gadget. A Manifesto*. London [Etc.] Penguin Books.
- Lanier, J. (2018). *Ten arguments for deleting your social media accounts right now*. Henry Holt & Co.
- Morán, M. L. (n.d.). Sociedad, cultura y política: continuidad y novedad en el análisis cultural. *Zona Abierta*, 77/78, 1–29.

- Lasalle, J. M. (2019). *Ciberleviatán : el colapso de la democracia liberal frente a la revolución digital*. Arpa.
- Orlowski, J. (Director). (2020). *The Social Dilemma*. Netflix Inc.
- Peirano, M. (2019). *El enemigo conoce el sistema : manipulación de ideas, personas e influencias después de la economía de la atención*. Debate.
- Rosenblueth, A., Wiener, N., & Bigelow, J. (1943). Behavior, Purpose and Teleology. *Philosophy of Science*, 10(1), 18–24. <https://doi.org/10.1086/286788>
- Singh, R. (2021, January 10). *Is it time we quit WhatsApp?* DEV Community. <https://dev.to/mindninja/is-it-time-we-quit-whatsapp-4f91>
- Swidler, A. (n.d.). La cultura en acción: símbolos y estrategias. *Zona Abierta*, 77/78, 127–162.
- van Dijck, J. (2013). *The Culture of Connectivity*. Oxford University Press.
- Villanueva-Mansilla, E. (2015). Acción conectiva, acción colectiva y medios digitales: posibilidades para la comunicación política en los tiempos de Internet. *Contratexto*, 0(24), 57–76. <https://doi.org/10.26439/contratexto2015.n024.587>
- Wiener, N. (2019). *Cybernetics Or Control And Communication In The Animal And The Machine*. Mit Press.